



Abro el libro y lo cierro. Hoy el autobús llegó antes de lo previsto y apenas alcanzo a leer unos párrafos.

Quedan aún unos minutos para el comienzo de la clase. El olor a bollo recién horneado me invita a hacer algo de tiempo en la cafetería. Será mejor que guarde el libro en la cartera para prevenir que se manche.

Finaliza la clase y entro en la biblioteca decidido. Ya estoy en la mesa frente a las letras. Llega un leve y molesto rumor. A mi lado, alguien con los cascos y su música. Se lo advierto amablemente y vuelvo a lo mío. Unas páginas más tarde un viejo amigo me reconoce. El año pasado estuvo en Holanda. Nos saludamos con mutuo entusiasmo y quedamos para tomar algo el fin de semana. Cada uno sigue por su camino. Ya no recuerdo lo último que leí. Me levanto con desgana para encontrar un rincón más agradable.

Recorro los pasillos de la facultad con cierta prisa, huyendo de los que saben dónde se dirigen. Este sector de la facultad me resulta irreconocible. Las voces se van apagando progresivamente. Una puerta más y diviso el lugar en el que me quedaré.

Rodeo el patio en búsqueda de una entrada. Tomo asiento y respiro profundo. Un contraste de luz me deja ensimismado con el libro todavía cerrado sobre el regazo.

